

Luis Durand

«Atenea» al servicio de la cultura



UN cuarto de siglo cumple en el presente año esta revista que mantiene la Universidad de Concepción, y en la cual, con un criterio amplio, sin restricciones, se ha cumplido en lo posible el objetivo que la ilustre institución tuvo al crearla. Esto es, que fuera el órgano de publicidad que mantuviese encendida la antorcha del espíritu para dar libre expansión al desarrollo de las artes, las ciencias y las letras.

Dentro del desarrollo espiritual de la América latina cabe hacer notar que sólo hace poco más de un siglo que los países que la integran, se han incorporado al pleno ejercicio de la vida intelectual, o sea al uso del ingenio del hombre, que puede extender por este medio el horizonte de sus posibilidades estéticas, hacia las perspectivas creadoras que permite la cultura. La noche colonial gravitó durante más de trescientos años sobre estos países que vivían aislados, ajenos por completo al resplandor magnífico de las artes, de las

ciencias y de las letras que en Europa ya habían alcanzado cimas difíciles de igualar. Artistas, escritores, filósofos y hombres de ciencias, creaban allá una atmósfera de elevación espiritual que confería al ser humano una condición superior.

Europa, a través de siglos, había formado una cultura. Pero esta cultura de occidente no la trajeron a las tierras de Colón, a lo que es hoy la América latina, los conquistadores, gente bárbara y cruel que ahogó en sangre a las razas a las cuales dominaron. Razas que desconocían la malicia, y eran en cierto modo ingenuas e inocentes, aunque también poseían a través de viejas experiencias vitales una cultura que no obstante sus limitaciones, sigue preocupando a sabios e investigadores, cuya curiosidad aun no satisface en su afán de descubrir el misterioso origen de la civilización precolombina. Esa civilización que en su aspecto de sensibilidad estética no trajo el conquistador—o la trajo por excepción—vino a ser absorbida sólo después de la emancipación política, por estos países en los cuales se expansionó la latinidad. Y esta absorción se produce en menos de un siglo, pues hasta fines del siglo pasado se advierte casi sin contrapeso el influjo de Europa en todas las manifestaciones artísticas. La madurez espiritual aun no llegaba y la realización artística se traducía más bien en intentos imitativos que no podían darle carácter, ni definida fisonomía, a un arte autóctono de América, esto dicho en general, pues ya podían contarse algunas excepciones.

Mas ahora el mundo marcha a pasos largos. Los medios modernos de comunicación aceleran el ritmo vital. Un discernimiento más ágil y profundo ha infiltrado en breve plazo la sensibilidad del hombre americano, permitiéndole acumular un rico bagaje de conocimientos que nutren su espíritu y le permiten emanciparse del vasallaje europeo, que hasta comienzos del siglo, gravitó sobre el alma americana, impidiendo que en el arte se diera a conocer el espíritu de la raza, la psicología del mestizo, o del criollo de sangre europea, nacido en este lado de los mares. Blest Gana, Juan León Mera, Isaacs, Montalvo y algunos otros son la excepción de esta regla.

Pero es en este siglo cuando América comienza resuelta y decididamente a buscarse a sí misma, a realizar de frente y sin temores aquella sugestión de Lasterria, aquí en Chile, cuando, allá por mil ochocientos cuarenta y dos, invitaba a los artistas a crear con materiales exclusivamente autóctonos. La leyenda, el paisaje, las costumbres y por ende la psicología americana, comienzan a aflorar en la literatura. Los pintores de Méjico, por ejemplo, hacen alarde de sus motivos auténticamente vernaculares. La escultura toma de los héroes nativos sus modelos más significativos; y de la desesperación y la alegría americana, la música arranca un cúmulo de melodías de típica expresión. El drama y el dolor de América constituyen la emoción de los relatos; el campo, la mina, la fazenda, los ingenios, las caucheras o los yerbazales dan a esta literatura un

semblante propio, un signo inconfundible, un impulso que no se puede detener.

Es por este camino de lo nativo que el artista americano lucha por alcanzar una trascendencia universal, para obtener así lo que aconsejaba Tolstoi. No se pueden desdeñar temas ni circunstancias vitales por mínimas que ellas sean. Lo interesante es que dentro de este proceso de desarrollo de la cultura americana, se produzca un sentimiento estético de fina raigambre emotiva y de alta calidad estética. Que el alma americana llegue a reflejar por milagro del arte lo más significativo, hasta causar ese asombro, esa emoción, ese interés y esa curiosidad que a nosotros nos sigue causando el arte europeo.

La cultura, o sea el afinamiento que ella produce en los espíritus, hasta crear vínculos de solidaridad entre los pueblos, es quizá lo único que pueda hoy salvar al mundo de los peligros con que lo amenaza la incomprensión de quienes aun piensan que por medio de las armas y de la ley del más fuerte se pueda hacer más feliz el destino humano.

Se comprueba así, que el hombre no sólo necesita ser civilizado, sino que además tener un alma sensible, una generosidad capaz de vencer las oscuras leyes del instinto. O sea que aquí surge esa diferencia entre cultura y civilización de que habló Spengler.

Nuestro país, en la primera etapa de su desarrollo vultural y científico, abundando en el concepto, no tuvo oportunidad o medios para darle a ese llamado de

Lastarria la importancia que merecía. El intelectual, entonces, no tiene tiempo para detenerse a meditar en cómo convertirá su emoción o su concepto estético en obra de arte. Lo llaman otras inquietudes más premiosas. El intelecto se manifiesta en el periodismo, en la contienda parlamentaria. En la sátira política, en las apasionadas discusiones proselitistas. Abunda así el intelectual de tipo combativo a lo Rómulo Mandiola o Arteaga Alemparte. Revistas o diarios eran expresiones de batalla y estaban teñidos por la ardiente pasión de los problemas que les agitaban.

Leyes de matrimonio civil, de cementerios laicos, de enseñanza libre, de separación de la Iglesia del Estado y mil asuntos de parecido cariz absorbían la preocupación y gastaban la inquietud de los jóvenes de ese tiempo. Blest Gana realiza su obra literaria allá en París, en un ambiente propicio a esta clase de manifestaciones del espíritu. Aquí en Chile un Vicente Grez o un Moisés Vargas, intentaban, con grandes dificultades, iniciar ese movimiento que a comienzos del presente siglo estalló vigoroso y espontáneo en un brillante grupo de escritores y artistas que resueltamente se ponen a construir los cimientos de lo que había de ser la literatura, la música o la pintura, artes que le otorgan en estos momentos a nuestro país, una jerarquía estética de alto rango.

Augusto d'Halmar, Pedro Prado, Juan Francisco González, Pedro Lira, Federico Gana, Eduardo Barrios, Mariano Latorre, Januario Espinoza y medio

ciento de nombres más se destacan con brillo en estas bellas disciplinas. Se producen movimientos interesantes en los cuales se advierte la profunda necesidad que sienten estos artistas de encontrar un amparo, un refugio, en sus anhelos y sueños. Se funda esa famosa Colonia Tolstoyana de inolvidables proyecciones; el grupo de Los Diez que reúne a gente de primera calidad. Todos ellos llevan dentro de su corazón el anhelo de dar a conocer su mensaje de belleza y de emoción estética. En revistas como «Pluma y Lápiz», «Instantáneas» primero, y luego en «Pacífico Magazine», «Selecta», «Silueta» y otras de vida excesivamente efímera, va asomando la inquietud artística de Chile. Nacen y desaparecen estas revistas que sólo llegan a interesar a un reducido grupo de lectores y no pueden sobrevivir en permanente estado de penuria económica. Los diarios de vez en cuando dedican algunas páginas al arte. Pero esto en forma muy restringida y sin método ni sistema. Y esto ocurre hoy mismo. La prensa publica ostentosamente las informaciones más pueriles que se relacionan con las piernas de una bailarina, por ejemplo, o las extravagancias de un macaco de Borneo, antes de ayudar a la necesidad de darse a conocer que experimenta el hombre que está luchando por elevar el nivel espiritual de la gente de esta tierra.

Es por estas muchas razones, infinitas razones que abonarían en extenso nuestros puntos de vista, que el escritor, el pintor, el músico, el escultor, el historiador de Chile, debieron acoger con singular regocijo, con

optimista simpatía plagada de una alegría que hasta hoy no se ha desvanecido, la aparición de «Atenea» que el Directorio de la Universidad de Concepción acordó publicar el año 1924. Y es desde esta fecha que «Atenea» sirve a la cultura de Chile y de América, sin restricciones, sin exclusivismos de escuelas ni tendencias. «Atenea» sólo ha tratado de que en lo posible, sin extremar la nota, lo que se publica en sus páginas tenga una calidad que nos muestre como un país que ya se ha incorporado a esta cultura de occidente de que tanto se ha hablado.

Figuras como las de Neruda, de la Mistral, de Huidobro, de Enrique Molina, de Hernán Díaz Arrieta o de Francisco Antonio Encina, se proyectan con luz propia hacia el exterior. Durante veinticinco años «Atenea» ha publicado mes a mes en sus páginas el pensamiento o la visión estéticos, de sus artistas más ilustres. Y hay que decirlo muy alto que no ha sido una terca muralla para la gente que comienza. Nunca ha tenido actitud olímpica, ni ha sido la puerta sorda que no oye la vibrante ansiedad de quienes llevan en los ojos las luces del ensueño y la frente aureolada por el resplandor de esa divina fiebre que es el arte.

Gente de todos los países de esta América Latina y de la América anglo-sajona, tiene en «Atenea» una voz que la Universidad de Concepción, con elevado criterio y con esa sensibilidad que impera en quienes la dirigen, no acallará por ningún motivo. Y es necesario dejar constancia que son muchas las dificultades

económicas que ha cruzado la Universidad sin que pasara por la mente a sus dirigentes la peregrina idea de economizar las sumas que gasta en esta publicación.

Poetas, novelistas, ensayistas, críticos, tienen en «Atenea» el vehículo que lleva su mensaje por todos los ámbitos del mundo. Universidades, colegios y centros cultos reciben esta revista que les lleva el pensamiento de Chile y asimismo nos da el de Europa y de América entera en sus manifestaciones más hondas y elocuentes. Este número, con el cual se celebra el cuarto de siglo de «Atenea», se ha consagrado al ensayo histórico tomado desde diversos ángulos de la vida chilena.

Cumple «Atenea» su misión; la alta finalidad para la cual fué creada. Viejos y jóvenes y todas las ideologías que se tocan, transmutadas en arte, encuentran el portalón de «Atenea» abierto a la incitación del viaje hacia el corazón de quienes aman la cultura como un don superior que contribuye a enaltecer la dignidad humana. A darle la conciencia de cómo se conquista un destino que haga más noble la existencia. Y a mantener la fe de que todo eso sólo se puede alcanzar «por el libre desarrollo del espíritu».